

# EL PERFIL DEL AGENTE DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

*Es que quiero sacar de ti tu mejor tú*

Pedro Salinas

## 1. Sentido de la intervención: un punto de vista personal

Agradezco enormemente al departamento de Pastoral de Juventud Vocacional de la CONFER que me haya invitado a desarrollar una ponencia como ésta, porque me ha hecho rejuvenecer más de 25 años. Efectivamente, en el año 1983 se celebró en Madrid la I Asamblea Diocesana de APJs con el mismo título que el que habéis propuesto para esta reflexión y en ella participé activa e ilusionadamente. De hecho, en mi intervención de esta tarde, voy a intentar poner en diálogo lo que entonces intuíamos como rasgos constitutivos de la identidad del agente de pastoral con los que ahora nos parecen más necesarios, tanto para confirmar aquello que sigue teniendo vigencia de aquel planteamiento -que es mucho-, como para detectar lo que los nuevos tiempos reclaman de renovación en este campo -que no es poco-.

Al señalar que mi intervención va a tener un marcado carácter personal me refiero, no sólo al hecho de que voy a hacer mención expresa de mi propia experiencia pastoral, que es la que mejor conozco, sino al reconocimiento de que no existe una sola forma de perfilar el retrato-robot del agente de pastoral de juventud que sea más acorde con estos tiempos. Dicho de otro modo, cualquier otra persona definiría, sin duda, los rasgos del Agente de Pastoral de Juventud y Vocacional (APJV) que necesitamos de otra manera. A la postre, todo dependerá de los aspectos de la cultura actual que considere más dignos de ser tenidos en cuenta para orientar una acertada labor evangelizadora entre los jóvenes y de la concepción eclesiológica que subyazca a su reflexión. En definitiva, no pretendo “sentar cátedra” con mi propuesta, sino estimular la creatividad pastoral y animar a sus protagonistas.

Eso sí, quisiera sortear el principal peligro que presenta el mismo enunciado de la conferencia y que consiste en definir de un modo tan exigente o idealizado la figura del agente de pastoral que, convertido en una nueva suerte de superhéroe, no pueda ser asumida por la mayoría de los jóvenes que, con innegable generosidad, intentan anunciar a Jesús entre sus coetáneos. Demasiado desaliento y culpabilidad se da entre los animadores ante la dificultad de su tarea y los limitados frutos cosechados, como para añadir la frustración de no “dar la talla” frente a cualquier modelo presentado de un modo teórico. Al contrario, definir un perfil ministerial tiene que consistir, sobre todo, en un estímulo formativo. Al identificar las cualidades y habilidades que hoy nos parecen más necesarias para dinamizar la pastoral de juventud, simplemente establecemos las prioridades que deberían guiar las acciones evangelizadoras y aquellas competencias que convendría cultivar de un modo más intenso en sus dinamizadores para que tales acciones puedan desarrollarse del mejor modo posible.

Quiero terminar estas palabras introductorias señalando que, en el fondo, todo lo que tendría que aspirar a hacer un APJV es, como indica el poema de Pedro Salinas que encabeza este escrito, colaborar con los propios jóvenes en *sacar de ellos lo mejor de sí mismos*, ofreciéndoles como horizonte para su realización personal el evangelio de Jesús, convencidos de que puede aportar a la existencia humana un sentido y una

plenitud insuperables<sup>1</sup>. Pienso que toda pastoral de juventud, rigurosamente realizada, es de por sí pastoral vocacional, ya que pretende que cada adolescente o joven acabe descubriendo su “lugar en el mundo” en diálogo con la oferta que Jesús hace a su libertad. En realidad, ayudar a los jóvenes a llegar a ser la mejor versión posible de ellos mismos, respetándoles en su originalidad, es la misión fundamental de todos los educadores, sean padres, profesores o agentes de pastoral. Sin olvidar, por otra parte, que como también señala el poema citado, esa labor conlleva, a veces, la posibilidad de generar cierto dolor sin pretenderlo, ya que las exigencias y los límites -necesarios en todo proceso de crecimiento personal y perfectamente compatibles con un verdadero amor- pueden contrariarnos en un primer momento<sup>2</sup>. Recordemos, una vez más, el poema que nos inspira:

Perdóname por ir buscándote,  
tan torpemente, dentro de ti.  
Perdóname el dolor, alguna vez.  
Es que quiero sacar de ti tu mejor tú<sup>3</sup>.

## 2. ¿De dónde venimos? (la teoría)

Entre quienes protagonizábamos durante los años ochenta y primeros noventa del siglo pasado la pastoral de juventud de Madrid existían una serie de convicciones básicas que permitían dibujar la figura ideal del APJ. Estas convicciones fueron asimiladas por muchos de nosotros a través de un intenso proceso formativo y, además, fueron recogidas en distintos documentos oficiales de la Iglesia española<sup>4</sup>. Lo que indica que, más allá de lo que ocurría en nuestro contexto madrileño, estas ideas básicas eran compartidas por otras muchas diócesis de nuestro país. Paso a enumerarlas y a describirlas de un modo sintético.

En primer lugar, sosteníamos que los *jóvenes creyentes* eran los *mejores evangelizadores de los jóvenes* por varios motivos. Por una parte, por su mayor capacidad de sintonizar con las preocupaciones, necesidades, intereses y deseos de los demás jóvenes por ser, básicamente, similares a los suyos. Junto a ello, se producía la innegable ventaja de compartir los códigos lingüísticos y comunicativos de quienes tenían su misma edad. No olvidemos que el mundo juvenil está configurado por unas señas de identidad propias en las que factores como la moda, la música, el modo de vestir o el de hablar desempeñan un papel muy importante. En este sentido, los adultos muchas veces desconocían esos códigos o los utilizaban artificialmente -en formas que podían llegar al ridículo- lo que, en ocasiones, generaba un efecto contraproducente en sus interlocutores. Por último, había de reconocerse que el testimonio de fe de un joven, cuando era auténtico, tenía una credibilidad ante el resto de sus compañeros muy superior al de un adulto y ayudaba a superar la idea de que las cuestiones religiosas formaban parte del mundo de las generaciones anteriores. La influencia del grupo de iguales siempre ha sido muy alta entre los jóvenes. Parecía lógico pensar que un joven estaba más capacitado que un adulto para formular y comunicar su experiencia a

---

<sup>1</sup> AAVV: *Ser cristiano*, Número monográfico de *Concilium*, nº 340, abril 2011.

<sup>2</sup> URBIETA, José Ramón: *Exigencia y ternura*, PPC, Madrid, 2009.

<sup>3</sup> SALINAS, Pedro: *La voz a ti debida*, Clásicos Costalia, Madrid, 1989, p. 93.

<sup>4</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: “Orientaciones sobre pastoral de juventud”, Edice, Madrid, 1991; CEAS (Comisión Episcopal de Apostolado Seglar): “Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo” Edice, Madrid, 1992.

quienes poseían una edad parecida y que, su testimonio, podía tener un grado de significación también mayor en su entorno generacional.

Una segunda afirmación, ampliamente compartida, consistía en que el agente pastoral era *enviado* y alimentado por *la comunidad cristiana*<sup>5</sup>. Con lo que se quería subrayar la importancia decisiva de la comunidad en todo el proceso evangelizador. El APJ no era un “francotirador” o “llanero solitario” que actuaba por su cuenta, presentando sus opiniones o puntos de vista religiosos, sino que actuaba en nombre de la Iglesia, apoyado y acompañado por ella de un modo eficaz y constatable. En este planteamiento pastoral las comunidades cristianas concretas desempeñaban un papel crucial, no sólo como acompañantes de los animadores sino, de modo más radical, porque debían constituir una referencia “visible” o “verificable” de la verdad anunciada por el Evangelio –que no trata de teorías más o menos idílicas, sino de realidades en cierta medida comprobables (“venid y veréis”)- y, además, porque la incorporación a la comunidad adulta era percibida como la meta final de todo el proceso de iniciación cristiana. Esos nuevos jóvenes que se podían adherir activamente a la comunidad serían, precisamente, los encargados de renovarla.

Junto a las dos convicciones básicas que he mencionado, en la asamblea diocesana a la que he hecho referencia se terminó de elaborar un retrato-robot del APJ que constaba de cuatro rasgos fundamentales: *pastor*, *animador*, *testigo* y *educador*<sup>6</sup>. En cierta medida, cada una de estas notas se correspondía con las principales etapas del proceso de la pastoral de juventud tal y como entonces lo definíamos en el Proyecto Diocesano: convocatoria, propuesta e iniciación cristiana<sup>7</sup>.

- “Pastor” era la imagen primera y más abarcadora de todas, cargada como estaba de fuertes resonancias bíblicas. Del mismo modo que Jesús es presentado en los evangelios -especialmente en el de Juan- como el buen pastor que cuida a sus ovejas, sale a buscar a la que se ha perdido, las conoce a cada una por su nombre y da la vida por ellas, así el APJ tenía que encarnar estas mismas actitudes en el mundo juvenil en el que se encontraba. Se subrayaba con esta imagen, especialmente, el amor desinteresado y personalizado del evangelizador hacia los jóvenes con los que realizaba su tarea pastoral; su capacidad de estar al lado de ellos en actitud de servicio, lejos de toda tentación instrumentalizadora.
- Por “animador” entendíamos, sobre todo, a alguien capaz de dinamizar las actividades con los jóvenes que, en aquella época, fueron enormemente variadas y creativas: colonias, campamentos, convivencias, pascuas juveniles, grupos de tiempo libre, campos de trabajo, visitas a monasterios, voluntariados varios, acciones de cooperación internacional, etc. Aquel fue un momento en el que se dio muchísima importancia a la capacidad de los grupos -y de la comunicación que en ellos se generaba- para iniciar a los jóvenes en la experiencia creyente. De ahí el esfuerzo por aprender “técnicas y dinámicas de grupo”, capaces de producir un ambiente en el que poder compartir en profundidad la vida y la fe.

---

<sup>5</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *La catequesis de la comunidad*, Madrid, Edice, 1983.

<sup>6</sup> Estos rasgos y planteamientos pastorales se mantuvieron sin modificaciones en el documento *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio* en el que la CEAS actualizó el documento de 1992 y que fue publicado en el año 2007 (Madrid, Edice).

<sup>7</sup> En los dos documentos *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo*, ya citados, se hablaba de etapas “misionera”, “catequética” y “pastoral” para referirse, básicamente, a lo mismo.

- La función del “testigo” resultaba, como es lógico, fundamental en el proceso de evangelización y aparecía, especialmente, cuando los adolescentes o jóvenes habían asumido una actitud de búsqueda y se abrían a quienes eran capaces de compartir con ellos su propio recorrido creyente. Siempre ha sido así, la fe se ha “contagiado” a través de personas que tenían el “virus” y se atrevían a comunicar su itinerario de conversión o seguimiento. Los testigos actúan como referencia para los jóvenes que buscan buenas formas de vivir y, al mismo tiempo, “verifican” que podemos encontrarnos con Jesús en la actualidad; que éste realmente puede cambiarnos la vida para bien.
- Como “educador de la fe” el APJ tenía que desarrollar una tarea complementaria de las anteriores. La clave de su labor consistía en saber el momento adecuado para ofrecer alimento espiritual a cada joven de acuerdo a su evolución personal, generando un ambiente en el que la experiencia creyente pudiera ir creciendo, sin quemar etapas y sin estancamientos. En este plano, la formación teológica jugaba un papel fundamental, pero también la iniciación a las experiencias cristianas básicas: orar, compartir, discernir, servir y celebrar. Como ocurre en cualquier proceso educativo, los jóvenes poco a poco irían asumiendo libremente valores, personalizando convicciones, desarrollando actitudes y realizando opciones que, en este caso, podían estar inspirados en el Evangelio.

Años más tarde, llegamos a identificar una nueva etapa en el itinerario pastoral que convinimos en denominar “desembocadura”<sup>8</sup> y que reclamaba un nuevo rol del APJ: el de ser “acompañante”. Porque, efectivamente, cuando los jóvenes mayores comenzaban a perfilar su vida adulta en clave vocacional lo que verdaderamente necesitaban era a alguien que les acompañara, sin sustituirlos, en una fase de la vida caracterizada por el discernimiento<sup>9</sup>.

### 3. ¿De dónde venimos? (la práctica)

Sin embargo, la notable coherencia del planteamiento que acabamos de describir sólo llegó a hacerse realidad parcialmente. Por eso, reconociendo sin reticencias el entusiasmo y la entrega con los que muchos jóvenes intentaron asumir el modelo que hemos presentado y los numerosos resultados positivos de aquella pastoral -de la que somos fruto tantos de los que estamos aquí- hemos de intentar también detectar sus insuficiencias, con el fin de aprender de ellas y de buscar caminos para superarlas.

En mi modesta opinión, pronto se percibieron las severas *limitaciones* del primer principio: “los jóvenes son los mejores evangelizadores de los jóvenes”. En concreto, comenzó a ser una práctica muy frecuente en las parroquias el hecho de encomendar la catequesis o la iniciación religiosa de los niños, adolescentes o jóvenes a quienes eran poco mayores que ellos. Esos jóvenes apenas estaban dando sus primeros pasos en la fe, tenían una formación teológica muy limitada, no eran conscientes de los formidables desafíos que el cambio cultural estaba representado para la fe cristiana y poseían una madurez espiritual incipiente. Sin un acompañamiento adecuado, sin seguir alimentando su propia fe personal y realizando en solitario su tarea, las más de las veces acababan

<sup>8</sup> GÓMEZ SERRANO, Pedro José: “La desembocadura de la pastoral de juventud”, en *Pastoral de niños y jóvenes*, CCS, Madrid 1995, pp.259-298.

<sup>9</sup> SASTRE, Jesús: *El acompañamiento espiritual*, San Pablo Madrid, 1994. URBIETA, José Ramón: *Bajo el impulso del Espíritu. Acompañar a los jóvenes en su crecimiento personal de la fe*. SM, Madrid 1986; *Acompañamiento de los jóvenes: construir la identidad personal*, PPC, Madrid, 1998.

abandonando en pocos años su labor, cuando se agotaban las reservas de lo aprendido en los “grupos de confirmación”, cuando la tarea dejaba de poseer el atractivo de la novedad, cuando el paso de los años ponía en cuestión las convicciones forjadas en la adolescencia o cuando su situación personal cambiaba laboral, afectiva o socialmente.

En una cultura aceleradamente cambiante y progresivamente plural, la síntesis de fe y la personalización de la experiencia creyente que habían realizado muchos jóvenes, se revelaron claramente insuficientes. Ni muchos APJs tenían una vivencia profunda de encuentro creyente –no ideológico- con Jesucristo, ni estaban capacitados para dar razón de su esperanza –primeramente a sí mismos- en un entorno caracterizado por un rápido proceso de secularización y por el triunfo de la cultura de la satisfacción. Conste que señalo este fenómeno sin querer culpar en modo alguno a los jóvenes de esta situación. Al contrario, creo que el hecho cierto es que la Iglesia no fue capaz de acompañarles debidamente en muchos casos. Esos jóvenes –casi adolescentes- podían sin duda realizar una labor pastoral muy positiva, pero todavía tenían un largo camino personal que recorrer en el terreno de la maduración de la fe. Por otra parte, esa insuficiencia de “sustancia” creyente hacía difícil que los jóvenes llevaran a cabo una verdadera evangelización. Lo más fácil era que “prepararan dinámicas”, “trataran temas”, “realizaran actividades” o “comunicaran cultura religiosa”. Mucho más difícil resultaba que fueran capaces de iniciar a la experiencia religiosa cristiana en el contexto cultural del paso de la modernidad a la postmodernidad.

Por lo que se refiere al segundo criterio -la centralidad de la comunidad-, la realidad resultó también relativamente *distante* de lo teóricamente planteado. Sobre todo en el sentido de que el número total de comunidades y su extensión fue sensiblemente menor al de los lugares en los que se llevaba a cabo la pastoral de juventud. Si bien es cierto que durante los años ochenta y noventa proliferaron extraordinariamente todo tipo de familias y experiencias comunitarias<sup>10</sup>, no es menos cierto que numerosas parroquias carecían de comunidades vivas, algunas comunidades poseían una dinámica escasamente misionera y, otras, -las más críticas o renovadoras- pasarían a ser tratadas con recelo por los responsables de muchas diócesis. A este respecto, resulta necesario reconocer que, en la Iglesia, se produjo un cambio de vocabulario mucho mayor que el cambio acaecido en la realidad. Lógicamente, era más fácil llamar a la parroquia de toda la vida “comunidad cristiana”, que convertir a esa institución milenaria -dotada de inercias muy firmes- en un espacio fraternal lleno de vida afectiva y creatividad misionera.

Además, junto a la eclosión comunitaria de los años ochenta hemos de constatar también la pérdida de dinamismo del movimiento que se produjo posteriormente, derivada tanto de la falta de apoyo institucional (la jerarquía decidió respaldar sólo a los grupos que sentía más afines e incondicionales), como de las dificultades internas de las propias comunidades<sup>11</sup> y del efecto erosivo de un ambiente social en el que lo religioso era marginado progresivamente, al tiempo que el ascenso del individualismo posesivo o el debilitamiento de las relaciones interpersonales y la pérdida de conciencia utópica, dificultaban la consolidación de los proyectos que perseguían impulsar fraternidades solidarias y comprometidas. Las numerosas experiencias comunitarias nacidas en

---

<sup>10</sup> SECRETARIADO DIOCESANO DE CATEQUESIS DE MADRID: *Comunidades plurales en la Iglesia*, San Pablo, Madrid, 1981.

<sup>11</sup> AAVV: *Revitalizar las comunidades cristianas hoy*, XXII Semana de Teología pastoral, Ed. Verbo Divino, Estella (2011) En prensa.

aquella época revelaron, a un tiempo, la riqueza de su vida de fe y la fragilidad institucional que las caracterizaba. El hecho cierto es que muchos APJV realizaron su trabajo sin formar parte de una verdadera comunidad cristiana, aunque participaran en grupos que deseaban ser gérmenes de ellas o en parroquias que fomentaban un estilo de Iglesia más fraternal y participativo. A la postre, la comunidad cristiana pasó a ser más el ideal hacia el que se debía tender, que la realidad que sostenía todo el proceso pastoral.

Respecto a la realización efectiva de las notas de “pastor”, “testigo”, “animador” y “educador de la fe”, creo que se llegaron a encarnar de un modo significativo, especialmente la de animador, gracias a la amplia oferta formativa propia de aquella época. Puede que el modelo resultara algo idealizado, pero fue asumido como principio inspirador de su tarea por muchos jóvenes evangelizadores. Con enorme gratitud recuerdo el hecho de que, en nuestra diócesis, la delegación de juventud puso en marcha más de una docena de escuelas de formación para APJs, en las que unos mil jóvenes se preparaban simultáneamente, durante ciclos de tres años, para llevar a cabo el proyecto diocesano de pastoral de juventud, reuniéndose una vez al mes y utilizando unos materiales que eran reflexionados entre cada sesión, empleando un método educativo de corte semi-presencial. La dinámica de estas escuelas se orientaba tanto a la asimilación de contenidos teológicos, como al fortalecimiento de la experiencia de fe y a la generación de un estado de ánimo positivo entre los jóvenes. Su entusiasmo se encontraba muy vinculado al descubrimiento del carácter vocacional del APJ, al que se reconocía –más allá de la dinamización de grupos concretos de jóvenes-la importante misión de renovar la Iglesia desde las claves del concilio Vaticano II<sup>12</sup>.

Como es lógico, el grado de compromiso de los jóvenes con los procesos pastorales y la intensidad con la que se implicaron en esta propuesta varió mucho de unos lugares a otros, dependiendo no sólo de la personalidad de cada individuo sino, sobre todo, de la mayor o menor convicción con la que el proyecto era asumido por cada unidad pastoral (parroquia, colegio, movimiento, congregación, etc.) y la madurez en la fe alcanzada por cada APJ concreto. Lo que sí cabe constatar varias décadas después es que, la mayor parte de las personas que protagonizaron aquella iniciativa, desarrollaron una gran capacidad para implicarse activa y solidariamente en los movimientos sociales, incluso cuando muchos de ellos, por muy variados motivos, dejaron de participar activamente en la Iglesia. Podemos decir, honestamente, que la experiencia “imprimió carácter”.

#### **4. Interludio: el cambio climático**

Reconocidas las luces y las sombras de la formulación del perfil del APJ de los años ochenta y noventa, nos vemos obligados a reflexionar sobre los cambios que se han producido en el contexto religioso de nuestro país, con el fin de detectar los nuevos roles que los APJVs han de desarrollar y, en consecuencia, los rasgos que deberían configurar su identidad actual. Sabiendo, con todo, que las intuiciones que hemos descrito en los apartados anteriores siguen teniendo vigencia y que, más bien, estamos obligados a complementar y enriquecer ese perfil y no tanto a prescindir de él.

---

<sup>12</sup> AAVV: *Por una iglesia, por fin, conciliar*, Tirant humanidades, Valencia, 2011. Esta obra hace un balance de la evolución postconciliar.

En los últimos años he repetido innumerables veces una *imagen* para expresar el desajuste cultural del mensaje cristiano, hecho que constituye uno de los principales obstáculos a la evangelización de los ambientes juveniles. Ilustro el problema fundamental de la Iglesia actual –que ya el papa Pablo VI formuló de forma magistral al señalar que “La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo”<sup>13</sup>- constatando que, mientras muchos de los agentes de pastoral en activo vivimos en el mundo de *Cuéntame cómo pasó*, la mayoría de los jóvenes respiran el clima de *Los Serrano* (o *Física y Química* o *El internado*) y algunos de nuestros responsables eclesiales parecen creer que España es aún como en *Crónicas de un pueblo*, por no hablar de *Amar en tiempos revueltos*. Coexisten –como en el Toledo medieval- tres culturas en nuestra sociedad –la tradicional, la moderna y la postmoderna- y la Iglesia se encuentra firmemente asentada en la primera –en trance de desaparición-, a duras penas dialogó con la segunda a partir del Concilio Vaticano II – que es la que ha protagonizado la vida social de las últimas décadas- y no llega a comprender y mucho menos a acoger a la tercera –que es el aire que respiran las nuevas generaciones-. Por eso, mientras no recuperemos la capacidad de sintonizar y dialogar con las nuevas corrientes culturales, las posibilidades de la evangelización serán muy limitadas<sup>14</sup>

Sin duda estamos asistiendo a un “cambio climático religioso” que deja pálido el que se produce en el medio ambiente, tanto por su ritmo acelerado como por su gran profundidad. Los sucesivos informes sociológicos sobre la realidad juvenil no dejan de mostrarlo de forma palmaria<sup>15</sup> aunque, sin apelar a investigaciones científicas sofisticadas, cualquiera puede percibirlo con claridad si participa habitualmente en cualquiera de los espacios eclesiales. Los teólogos y pastoralistas han ofrecido muy distintas interpretaciones de este fenómeno complejo, pero nadie duda de su extraordinario alcance<sup>16</sup>.

Hemos de reconocer que los planteamientos pastorales de hace un par de décadas -y el modelo de APJV que se dibujaba a partir de ellos- estaban marcados por el contexto de la transición con su concepción ilusionada y utópica del cambio político, la preocupación por el bien común en lo social, la apertura a los valores de la modernidad en el ámbito de la cultura y el intento de *aggiornamento* o actualización de la Iglesia en el terreno religioso. Hoy en día las cosas han cambiado mucho. La fuerza de la globalización, el éxito de la cultura del bienestar y el desencanto político han ido conduciendo a una creciente privatización de la vida social, en el terreno cultural se ha producido la transición de la sensibilidad moderna a la postmoderna y, en el campo religioso, el aumento de la indiferencia o el sincretismo han ido parejos con una relativa contrarreforma eclesial de corte tradicionalista.

Desde el punto de la evangelización, lo verdaderamente preocupante de la situación que caracteriza a nuestro país -como al resto de Europa occidental, por otra

---

<sup>13</sup> PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* n° 20, Roma, 1975.

<sup>14</sup> GÓMEZ SERRANO, Pedro José: *Claves pastorales en el trabajo con jóvenes*, ponencia presentada en las XXXVI Jornadas de Vicarios de Pastoral celebradas los días 3, 4 y 5 de mayo de 2011 en Ávila y organizadas por la Conferencia Episcopal Española.

<sup>15</sup> FUNDACIÓN SM: *Jóvenes españoles 2010*, Madrid 2011.

<sup>16</sup> MARTÍN VELASCO, Juan: *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid, 1993.  
GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis: *Evangelizar en un mundo postcristiano*, Sal Tarrae, Santander, 1993.  
GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio: “Crisis de credibilidad en el cristianismo. España como síntoma”, *Concilium* 311, junio 2005, Verbo Divino, pp. 323-332

parte- es que se están produciendo dos *desplazamientos* contrapuestos: el de la Iglesia y el de los jóvenes. Mientras la primera parece añorar el entorno sociocultural del pasado y experimenta un retroceso en sus planteamientos pastorales, los jóvenes se abren a un mundo distinto marcado por el cambio, la relatividad, el consumo, el pluralismo, la autonomía moral, el subjetivismo, etc. En este contexto, la tarea principal del APJV en el futuro inmediato consistirá en tender puentes entre el mundo juvenil actual y la experiencia originaria del Evangelio, aunque esto difícilmente se podrá conseguir sin un cambio profundo en las mediaciones eclesiales, imprescindible para que los jóvenes puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa y no como visitantes de un venerable museo<sup>17</sup>.

Al final, un *principio* permanece constante: renovarse o morir. El mayor peligro que puede acecharnos actualmente es el de no arriesgarnos a cambiar lo que sea necesario para acompañar el paso de la Iglesia al de la sociedad de la que forma parte. No para aceptar acríticamente sus valores y creencias, sino para dialogar con ellos a partir del tesoro escondido que hemos descubierto. Y, este propósito, requiere unos APJV que subrayen ciertos rasgos concretos en su talento e identidad.

## 5. ¿A dónde vamos? (la teoría)

Siguiendo una estructura similar a la que adoptamos al presentar el modelo de APJ de las décadas finales del siglo XX, voy a retomar aquellos rasgos básicos para matizarlos de acuerdo a los nuevos contextos.

Mi primera convicción es que quienes pueden evangelizar a los jóvenes son los *creyentes* al margen de su edad. Unas preciosas y precisas palabras de Julio Lois, amigo y maestro, que falleció este verano y cuyo funeral se está celebrando precisamente en estos momentos en el Instituto Superior de Pastoral, expresan a la perfección lo que quiero decir: “La primera condición para anunciar el Evangelio de forma creíble y significativa ha de formularse así: la comunicación ha de brotar o estar enraizada en una experiencia gozosa y liberadora de la fe, capaz de percibir su carácter atrayente y hasta fascinante, su belleza y fecundidad. Es la experiencia que se da en el seguimiento de Jesús vivido en el seno de una comunidad creyente. Sólo ofertan la fe con credibilidad los convertidos, es decir, aquellos a quienes Dios les ha salido al encuentro en Jesús, les ha llamado y han respondido con fidelidad gozosa”<sup>18</sup>.

No pretendo negar que los jóvenes puedan ser los mejores evangelizadores de los jóvenes, sino que, para serlo, necesitan, sobre todo, ser creyentes. Lo cual no puede presuponerse por el hecho de haber pasado algunos años en grupos de fe o haber participado en las actividades de cualquier institución eclesial. Y menos en el entorno que nos ha tocado vivir. Lo que me lleva a hacer dos subrayados. El primero se refiere al hecho de que los jóvenes escuchan, en realidad, “a quien tiene algo que decir”, más allá de su edad. Están hartos de tanta palabrería y eslogan vacío o de las conocidas ofertas del consumo y la diversión. Resulta, a mi modo de ver, muy revelador el hecho de que muchos jóvenes han escuchado con verdadero interés a personas de muy

---

<sup>17</sup> CERZEZO José Joaquín y GÓMEZ SERRANO, Pedro José: *Jóvenes e Iglesia: caminos para el reencuentro* PPC, Madrid, 2006.

<sup>18</sup> LOIS, Julio: "Consideraciones para una teoría de la comunicación y transmisión de la fe", en *La transmisión de la fe en la sociedad actual*. II Semana de Estudios de Teología Pastoral. Verbo Divino. Instituto Superior de Pastoral, Madrid, 1991, pp. 249-250.



avanzada edad como Juan Pablo II, Benedicto XVI o el hermano Roger de Taizé -en el entorno cristiano- y a otras como Stéphane Hessel o –más cercano a nosotros- José Luis Sampedro, en el ambiente más laico del movimiento del 15 M, por ejemplo. No es de extrañar que, en el marco de desconcierto, desorientación y banalidad que nos caracteriza, los jóvenes busquen a quienes tienen autoridad moral. Escuchan a quienes muestran y proponen valores exigentes que han sido puestos a prueba, primeramente, en sus propias vidas. Unas vidas largas y no precisamente fáciles, por cierto.

Otro matiz que me gustaría añadir a la propuesta de que sean los jóvenes quienes evangelicen a quienes tienen su edad consiste en que necesitamos, también, que los jóvenes puedan ver en qué consiste una vida cristiana adulta auténtica. Igual que quienes enseñan una profesión tienen que haberla ejercido, quienes invitan a vivir como adultos el seguimiento de Jesús tienen que poder mostrar cómo eso se hace realidad, con todas sus limitaciones, de un modo palpable. Lo demás son idealizaciones ideológicas que pueden dar lugar a fervores adolescentes o juveniles, pero que no llegan a constituirse en referencias vitales operativas a largo plazo. Los adultos estamos llamados a ser modelos educativos reales, capaces de confrontarnos con las ilusiones, necesidades, críticas y miedos de los jóvenes. Sin estos modelos, la propuesta del evangelio se tornará una especie de “cuento navideño” que fácilmente será abandonado cuando las exigencias de la vida adulta hagan acto de presencia<sup>19</sup>. De ahí que, en la pastoral juvenil y vocacional, resulte hoy imprescindible la presencia de los adultos, acompañando a otros jóvenes evangelizadores y complementando, con su experiencia, lo que éstos puedan tener de mayor capacidad de empatía y comunicación con las personas de su edad. Otra cuestión a discernir es si abundan o no, en nuestra Iglesia, esas personas adultas capaces de interpelar a los jóvenes con su forma de vivir.

El segundo presupuesto que analizábamos anteriormente era la mediación comunitaria. Sigo absolutamente convencido de que el futuro de la Iglesia depende de nuestra capacidad para promover la fraternidad en su seno y para multiplicar los núcleos comunitarios. Sin embargo, la situación actual de precariedad en este terreno me anima a subrayar en el APJV, sobre todo, que tenga capacidad para crear *encuentros* con los jóvenes en sus propios contextos vitales y que, estos encuentros, estén mediados eclesialmente de alguna manera. Dicho de un modo sencillo: el APJV tendrá que actuar como “organizador de citas”, en nombre de la Iglesia, entre los jóvenes y Jesús de Nazaret. Esa capacidad para facilitar encuentros que afecten a la profundidad de la vida es la principal competencia instrumental que necesitamos en estos momentos. Dos paradigmas evangélicos que podrían inspirarnos en esta tarea son el diálogo de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob (Jn 4, 5-42) y la conversación de Jesús con los discípulos en el camino de Emaús (Lc 24, 13-35):

Más en concreto, la labor del APJV como generador de encuentros tiene dos partes. La primera consiste en suscitar el interés por el Evangelio, la segunda, ser capaz de presentarlo adecuadamente. Respecto al primer paso, Pablo VI lo expresó de modo muy acertado: “La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian

---

<sup>19</sup> GÓMEZ SERRANO, Pedro José: *Nos sobran los motivos. Una invitación al cristianismo*, PPC, Madrid, 2011.

de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya, de por sí, una proclamación silenciosa pero también muy clara de la Buena Nueva”<sup>20</sup>.

El segundo paso consiste en acompañar a los jóvenes del interés inicial por Jesús al encuentro íntimo con él, lo que requiere emplear el estilo que él mismo usaba y que los dos relatos evangélicos que he mencionado reflejan de modo extraordinario. Enumero algunas pinceladas de una metodología que requeriría mucho más espacio para ser adecuadamente descrita:

- Salir a donde se encuentra la gente, sin esperar que acudan a nuestros espacios y nuestros tiempos.
- Crear plataformas de acción y comunicación en las que podamos compartir en profundidad con quienes no frecuentan los ambientes eclesiales.
- Escuchar con toda seriedad y, a fondo, sus inquietudes, antes de responder a preguntas que no se hacen.
- Expresar nuestras propias necesidades, búsquedas y carencias, sin ser ni parecer autosuficientes.
- Preguntar y provocar sin presuponer que sabemos lo que el otro necesita y llevar a la profundidad la conversación.
- Acompañar por largo trecho y con paciencia a los jóvenes, respetando sus ritmos y sus procesos.
- Decir algo que sea adaptado a las circunstancias de quien nos escucha y sea personalmente auténtico.
- Buscar siempre la palabra oportuna y no la estereotipada o la que llevábamos preparada para “esa reunión”.
- Ayudarles a reinterpretar su vida a la luz del amor que Dios les tiene y de la misión que desearía encomendarles.
- Confesar con valentía y sin complejos, de corazón a corazón, cómo influye en nuestra vida haber encontrado a Jesús.

Por último, voy a proponer un nuevo perfil del APJV con cuatro notas que podríamos denominar así: *enamorado@*, *amig@*, *traductor-a* y *alternativ@*

- Para precisar el sentido que otorgo a “enamorado” daré la palabra a José Antonio Pagola: “El canadiense B. Lonergan ha sido el último teólogo que ha recordado de manera penetrante que “creer es estar enamorado de Dios” ¿Qué puede pensar hoy alguien de semejante afirmación? Por lo general, los teólogos no hablan de estas cosas, ni los predicadores se detienen en sentimentalismos de este género. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa puede ser confiarse a un Dios que es sólo Amor? Nada nos acerca con más verdad al núcleo de la fe cristiana que la experiencia de enamoramiento. La idea no es la “genialidad” de un teólogo piadoso, sino la tradición constante de la teología mística que arranca del cuarto evangelio: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi

---

<sup>20</sup> PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* n° 21, Roma, 1975.

amor”.El enamoramiento es, probablemente, la experiencia cumbre de la existencia humana. Nada hay más gozoso. Nada llena tanto el corazón. Nada libera con más fuerza de la soledad y el egoísmo. Nada ilumina y potencia con más plenitud la vida. Los místicos lo saben. Por eso cuando hablan de su fe y entrega a Dios, se expresan como los enamorados. Se sienten tan atraídos por él, que Dios comienza a ser el centro de su vida. Lo mismo que el enamorado llega a vivir de alguna manera en la persona amada, así les sucede a ellos. No sabrían vivir sin Dios. Él llena su vida de alegría y de luz. Sin él les invadiría la tristeza y la pena. Nada ni nadie podría llenar el vacío de su corazón. Alguien podría pensar que todo esto es para personas especialmente dotadas para vivir el misterio de Dios. En realidad, estos creyentes enamorados de Dios, nos están diciendo hacia dónde apunta la verdadera fe. Ser creyente no es vivir “sometido” a Dios y a sus mandatos. Antes que nada, es vivir “enamorado” de Dios. Para el enamorado no es ningún peso recordar a la persona amada, sintonizar con ella, corresponder a sus deseos. Para el creyente enamorado de Dios no es ninguna carga estar en silencio ante él, acogerlo en oración, escuchar su voluntad, vivir de su Espíritu. Aunque lo olvidemos una y otra vez, la religión no es obligación, es enamoramiento”<sup>21</sup>.

- Lo segundo que necesitamos es ser “amigos y amigas” de los jóvenes. Lo que no debe confundirse con ser sus colegas ni, menos aún, sus manipuladores. La amistad implica cercanía afectiva, pero también respeto y el deseo de querer lo mejor para el otro. San Juan Bosco lo decía de este modo: “me basta que seáis jóvenes para amaros”. Y el psicólogo argentino Jorge Bucay escribe: “hace poco empecé a definir el verdadero amor como la *desinteresada tarea de crear espacio para que el otro sea quien es*”<sup>22</sup>. Y esto es, precisamente, lo que cualquier APJV pretende al ofrecer a los jóvenes, como posible ingrediente para configurar su vida de un modo acertado, el acontecimiento de Jesucristo. Al igual que ocurre con el término “enamorado”, la palabra “amigo” recoge lo mejor de la sensibilidad postmoderna en lo que tiene de afectivo y de relacional, de pasión y de ayuda.
- El término “traductor” o “traductora” remite a la necesidad de superar el abismo creciente que se produce entre las formas culturales en las que se expresa el cristianismo y aquellas en las que los jóvenes experimentan su vida. Esto supone, en realidad dos tareas complementarias. La primera implica “capacitar para la fe”, desarrollando dimensiones de la vida personal que la sociedad actual no suele cultivar (el silencio, la contemplación, la gratitud, la gratuidad, el servicio, el compartir, la búsqueda, el espíritu crítico, la actitud utópica, etc.)<sup>23</sup>. La segunda consiste en presentar la experiencia cristiana en claves que permitan comprenderla sin necesidad de “traducción simultánea”. Me ha llamado siempre la atención la frescura que emanan los textos evangélicos frente a la aridez que desprenden tantos documentos eclesiales contemporáneos, mucho más cercanos a nosotros en el tiempo. Jesús hablaba del Reino apelando a las experiencias vitales, a las imágenes simbólicas y al vocabulario más cercano a los destinatarios de sus palabras. Nosotros tenemos que recuperar esa capacidad.
- Por último, al referirnos a ser “alternativos” queremos señalar que, más allá de las palabras, lo que los jóvenes necesitan encontrar en sus APJVs es personas

<sup>21</sup> PAGOLA, José Antonio: “Vivir enamorado”, *Diario Vasco*, 25 mayo de 2003.

<sup>22</sup> BUCAY, Jorge: *Cuentos para pensar*, RBA, Buenos Aires, 2002, p 17.

<sup>23</sup> GÓMEZ SERRANO, Pedro José: “Capacitar para la fe: una tarea primera”, en *Encuentros de fe. Horizontes de nueva evangelización*. Centro teológico San Agustín. Madrid, 2011, pp. 219-243.

que, como relata la *Carta a Diogneto*<sup>24</sup>, vivan plenamente insertas en la sociedad y que, al mismo tiempo, adopten un estilo de vida inspirado en el Evangelio que les ayuda a ser mejores y que les anima a contribuir a la humanización del mundo llevados por el Espíritu de Jesús. A mi modo de ver, los cristianos tenemos que ser –desde el punto de vista cultural- alternativos, pero no anacrónicos, y -desde el psicológico- diferentes, pero no raros. Esto es, tenemos que asumir sin ningún tipo de reticencia todos los valores contemporáneos que percibamos como humanizadores y asumir otros, que serán contraculturales, cuando los dominantes se opongan a los de las Bienaventuranzas y al bien de los pobres. Rechazar el anacronismo significa oponerse a los modos culturales desfasados de vivir el cristianismo, cuando no se perciba su intrínseca vinculación al mensaje de Jesús. No tiene sentido practicar el “arqueologismo” en la Iglesia, cuando Dios es el “siempre nuevo” y “siempre joven”<sup>25</sup>.

Efectivamente, por chocante que pueda parecer a primera vista, lo primero que necesitamos en la pastoral de juventud y vocacional es personas enamoradas del Evangelio. Esto es, personas cuyo corazón haya quedado tocado definitiva y plenamente por Jesús de Nazaret y su proyecto. Y no es lo mismo “conocer” el Evangelio, que estar “convertido” al Evangelio. O saber quien fue Jesús, y seguirle. Cuando esto último ocurre, la vida queda transformada de un modo positivo y, sin quererlo, se irradia una alegría que sería imposible “fabricar”. El cardenal Suhard, arzobispo de París en la década de 1940, afirmaba: “ser un testigo no consiste en dedicarse a la propaganda ni en agitar a la gente, sino en ser un misterio viviente. Significa vivir de tal modo que la propia vida no tendría sentido si Dios no existiera”<sup>26</sup>. Desde esa experiencia cabe entender la amistad con los jóvenes, el intento de formular la existencia cristiana en las nuevas claves culturales y la necesidad de encarnar un estilo de vida alternativo que se asume como suerte y no como carga; como camino de felicidad y no por masoquismo. Por eso, no puedo concebir una pastoral vocacional que no incluya los cuatro elementos que hemos señalado.

## **6. ¿A dónde vamos? (la práctica)**

De un modo muy breve querría identificar algunas dificultades a las que habrá de enfrentarse en los próximos años un planteamiento como el que hemos bosquejado en el anterior apartado. Me referiré a tres niveles distintos de la realidad.

El primer desafío procede de la propia *plantilla* de los agentes de pastoral y su problemática. El agudo proceso de envejecimiento que está sufriendo la Iglesia española y que afecta, con matices menores, al conjunto de sus actores: parroquias, congregaciones, movimientos, comunidades, etc., tiene, al menos cuatro consecuencias negativas. Por una parte, contamos con mayores restricciones para conseguir suficientes APJV que puedan dedicarse a fondo a esta tarea (que reclama mucho tiempo y energía), porque el número total de jóvenes que participan en la Iglesia es cada vez menor, lo que dificulta extraordinariamente el relevo generacional. A ello se añade el relativo desaliento que padecen muchos animadores, consecuencia lógica de las dificultades

---

<sup>24</sup> BUENO, Daniel (ed): *Padres Apostólicos* BAC, Madrid, 1950. Capítulo 1, 1. Una versión completa del texto en *Iglesia Viva* n° 237, enero-marzo, 2009, pp. 123-130.

<sup>25</sup> DUQUOC, Christian: *Dios diferente*, Sígueme, Salamanca, 1978.

<sup>26</sup> Citado en RADCLIFFE, Timothy: “¿Qué marca diferencialmente al cristianismo?”, *Concilium* n° 340, p. 174.

ambientales que presenta su tarea y de la falta de resultados en términos de incorporación de los jóvenes a la vida eclesial. Por otra parte, el mismo proceso de envejecimiento tiende a retroalimentarse, más allá de la labor de los agentes de pastoral. No resulta atractivo para los adolescentes y jóvenes formar parte de un colectivo en el que ellos no representan más que una porción muy minoritaria y que tiene una imagen tan poco atractiva entre sus compañeros. Los jóvenes buscan, de un modo natural, el contacto con otros jóvenes. Por último, las urgencias pastorales afectan negativamente a la calidad de lo que hacemos. El cuidado espiritual de los APJV, su formación teológica o su inserción comunitaria se llevan a cabo “a salto de mata” o “con alfileres”, lo que constituye una estrategia de “pan de hoy y hambre para mañana”. Las actividades pierden así su sentido profundo, la motivación da paso a la rutina, los itinerarios dejan paso a la improvisación y la vivencia de fe puede a duras penas comunicarse.

El segundo desafío del momento tiene que ver con el *gimnasio* y sus “telarañas”. Me refiero aquí, como es natural, a las dificultades que proceden del ámbito institucional. Mi impresión es que, en muchas diócesis, nos encontramos ante una pastoral de juventud de talante tradicional, que prima los grandes encuentros o peregrinaciones sobre los procesos, el orden frente a la profecía, las formas clásicas de la acción pastoral frente a la creatividad, la piedad frente al compromiso, la mentalidad conservadora frente a la apertura al futuro, la aceptación del *statu quo* frente a la opción por los pobres. Desde el punto de vista vocacional lo que aquí se plantea es si resulta necesario o conveniente crear una subcultura religiosa tradicional para reproducir la Iglesia del pasado y el tipo de vocaciones que lo hagan posible o si nos arriesgamos a recrear la Iglesia para que las nuevas generaciones se encuentren a gusto entre nosotros de un modo natural. Conste que, en el enfoque pastoral tradicional, veo grandes valores (la recuperación de la experiencia religiosa profunda, el valor de la oración y la liturgia, el sentido de pertenencia eclesial, la personalización de la fe, la capacidad de resistencia al ambiente, la huida del hipercriticismo, etc.) pero, al mismo tiempo, la estrategia de la contrarreforma me parece, a medio plazo, institucionalmente suicida, además de poco evangélica. El asunto es muy serio. Muchos de nosotros conocemos por experiencia cómo la mejor y más entusiasta presentación del Evangelio a los jóvenes choca, finalmente, con el impacto negativo de algunas posiciones oficiales de la Iglesia en materia de género, sexualidad, organización interna o disciplina teológica, que alejan a las nuevas generaciones de un modo casi inevitable. Sin una adecuada “limpieza y remodelación de la casa” va a ser muy difícil que la tarea de los APJV de su fruto.

Por último, necesitamos ser cada día más conscientes de la *cancha* en la que jugamos y las limitaciones que impone. Me refiero con esta metáfora al ambiente que nos rodea. Sin duda en poco más de dos décadas los cristianos hemos pasado en nuestro país de “jugar en casa” a jugar en “campo contrario”. Cuando yo era joven, ser cristiano era normal y eran los “alejados” quienes se veían obligados a argumentar su postura. Hoy en día la carga de a prueba corre a cargo de los creyentes, lo que supone varias cosas. En primer lugar que tenemos que presentar el Evangelio, no como un modo de insertarse en la normalidad social, sino como una alternativa de vida a la propuesta dominante de la cultura de la satisfacción. El cristianismo ofrece un camino –estrecho- de felicidad, pero implica asumir el riesgo de la fe y el coste de asumir una existencia a contracorriente en algunos aspectos<sup>27</sup>. En segundo término, el APJV debe concentrar sus esfuerzos en facilitar una experiencia religiosa profunda (algo que se aleja de las

---

<sup>27</sup> CASTILLO, José María: *La alternativa cristiana*, Sígueme, Salamanca, 1978.

experiencias cotidianas de la mayoría de los jóvenes) y recuperar la credibilidad de esa experiencia como profundamente humana y positiva<sup>28</sup>. Por último, resulta imprescindible que las formulaciones de fe a las que accedan los jóvenes gracias a sus APJV sean plenamente compatibles con los mejores elementos de la mentalidad contemporánea: ciencia, democracia, igualdad, libertad, espíritu crítico, valoración positiva del placer, autonomía de la conciencia moral, etc.<sup>29</sup> En caso contrario, las creencias religiosas tenderán a desvanecerse en contacto con el clima cultural predominante o se alimentarán actitudes sectarias, clandestinas o fundamentalistas.

## 7. Para acabar

Son, probablemente, demasiadas las propuestas que he enumerado en esta charla y, por ello, resulta aconsejable terminarla intentando recuperar lo esencial. Voy a hacerlo empleando una pequeña narración, pues es sabido que el lenguaje simbólico tiene mucha más capacidad de evocar y sugerir que el argumentativo.

Al final de una cena en un castillo inglés, un famoso actor de teatro entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare. Después se ofreció a que le pidieran algún “bis”. Un tímido sacerdote preguntó al actor si conocía el salmo 22. El actor respondió: “*Sí, lo conozco, pero estoy dispuesto a recitarlo sólo con una condición: que después lo recite usted*”.

El sacerdote se sintió incómodo, pero accedió. El actor hizo una bellísima interpretación, con una dicción perfecta: “*El Señor es mi pastor, nada me falta...*”. Al final, los huéspedes aplaudieron vivamente. Llegó el turno al sacerdote, que se levantó y recitó las mismas palabras del salmo. Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos, sólo un profundo silencio y el inicio de lágrimas en algún rostro. El actor se mantuvo en silencio unos instantes, después se levantó y dijo: “*Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche: yo conocía el salmo, pero este hombre conoce al Pastor*”<sup>30</sup>.

A la postre, en la configuración de la identidad del APJV y en su posible fecundidad evangelizadora todo se reduce a esto: ¿conocemos el *salmo* o conocemos al *Pastor*? *That is the question*.

---

<sup>28</sup> MARTÍN VELASCO, Juan: *Ser cristiano en una cultura postmoderna*, PPC, Madrid, 1996; *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander, 2002.

<sup>29</sup> TORRES QUEIRUGA, Andrés: *Creer de otra manera*, Sal Terrae, Santander 1999, y *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Sal Terrae, Santander, 2000.

<sup>30</sup> Anécdota citada en ARANA, M<sup>a</sup> José: “Dios expone parábolas a los hombres” *Sal Terrae*, n<sup>o</sup> 1.087, Santander 2005, p. 236.